

EXCELENTISIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO CASTRENSE DE ESPAÑA

EXCELENTISIMO SEÑOR DON DIEGO IÑIGUEZ HERNÁNDEZ, MAGISTRADO
CONSEJERO DEL TRIBUNAL DE CUENTAS.

EXCELENTISIMOS SEÑORES
ALMIRANTE, TENIENTES GENERALES,
GENERALES Y CONTRALMIRANTE.

ILUSTRISIMOS SEÑORES VICARIO GENERAL, CORONELES Y
VICARIOS EPISCOPALES DEL ARZOBISPADO CASTRENSE DE ESPAÑA.

JEFES, OFICIALES, PERSONAL DE TROPA,

AMIGOS DEL ARZOBISPADO CASTRENSE
QUE HABÉIS SIDO CONDECORADOS COMO YO EN ESTE DÍA
Y TODOS LOS QUE CON ILUSIÓN NOS ACOMPAÑAN EN EL DÍA DE HOY.
QUERIDOS AMIGOS TODOS

Es un gran honor para mí recibir esta Condecoración y representar a todos los condecorados aquí presentes y también a aquellos que, por ineludibles compromisos, no nos pueden acompañar hoy. En nombre de todos pronuncio estas palabras.

Quiero comenzar recordando el mensaje que nos dejó Pedro Calderón de la Barca en sus famosos versos escritos hace ya más de 370 años, para homenajear al Ejército de Tierra y que comienzan con las palabras:

“Este Ejército que ves”. Calderón enumera uno a uno los muchos valores que guían la vida de los soldados de Infantería para los que la milicia no es más que una religión de hombres honrados.

Y, no le faltaba razón a Calderón ya que, el hierro y el yelmo, igualan al hombre en esa milicia de hombres honestos, que se reúnen hoy en este templo, unidos por la verdadera filiación, la de ser Hijos de Dios.

Hoy, todos los que recibimos esta condecoración, nos sentimos llenos de gratitud, sorprendidos por este galardón inesperado, pues nosotros solo intentábamos cumplir con el deber de ayudar a una Madre, en su castrense expresión.

Así es, querido Don Juan Antonio y mis queridos Vicarios Episcopales, que habéis decidido reconocer los méritos que habéis observado en cada uno de nosotros.

Creo que no me equivoco si afirmo, en esta Iglesia Catedral, a la que me siento tan unido y en la que he compartido grandes momentos, primero con mi querido padre, el Infante Don Carlos y posteriormente acompañado de mi familia, amigos y hermanos de Ordenes, que nunca pensamos que, nuestras actuaciones fueran dignas de reconocimiento ni mención alguna, más allá, de la íntima satisfacción del deber cumplido, al intentar dar testimonio de los valores que desde pequeños nos enseñaron nuestros padres y familia: vivir para servir a Dios, a nuestra Patria y al Rey.

Los condecorados tenemos la satisfacción de ayudar y socorrer, en sus necesidades, a la Santa Madre Iglesia, en la medida de nuestras posibilidades. Todos nosotros somos conscientes del contenido del Decreto de Creación de la Cruz Fidelitas que nos dice:

“...a lo largo de los siglos, la Santa Madre Iglesia ha premiado con signos externos y de otras formas, a numerosas personas e Instituciones que han entregado su vida y su fidelidad a la causa del Evangelio, o han contribuido generosamente de una forma u otra a su propagación”.

Sólo podemos agradecer a esta, nuestra Madre, que también haya puesto los ojos hoy en nosotros, que humildemente no hemos intentado otra cosa que estar al lado de aquellos que entregáis vuestra vida completamente al servicio del Evangelio, en el ámbito de las Fuerzas Armadas y en el de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Juntos, poniendo lo mejor de nosotros mismos para trabajar por la expansión del Reino en la tierra, un Reino al que contribuyen todos y cada uno de nuestros Soldados, Guardia Civiles, Policías y, especialmente, aquellos que ven en su vida entregada a la milicia, una respuesta a la vocación de servicio a la Paz.

Muchísimas Gracias, Excelencia, Muchísimas gracias al Arzobispado Castrense, porque esta condecoración sólo puede suponer para cada uno de nosotros un incentivo para acercarnos más a Dios y hacerlo desde la oración, poniéndonos al servicio de su Hijo, a través de su Iglesia, de la Iglesia Castrense de España.

La Santa Iglesia nos estimula hoy a la lucha, para alcanzar, por la fidelidad, la vida eterna, no desfalleceremos en ello, cuente con nosotros. En nombre de todos los galardonados y en el mío propio,
Muchísimas gracias